

Intercambio, hospitalidad y generosidad en la sociedad guna

James Howe

Instituto Tecnológico de Massachusetts
Estados Unidos de América

arkiv9@icloud.com

<https://orcid.org/0000-0001-5750-0469>

Recibido 8/2/25 – Aprobado 11/2/25

DOI: <https://doi.org/10.48204/2710-7531.7106>

Resumen

Cuando mi esposa June y yo vivimos en una aldea guna en 1970, 1971 y 1975, nos pareció que nuestros nuevos amigos bien podrían haber leído el ensayo de Mauss. Según ellos, hacer regalos era de vital importancia en sus vidas: unía a los gunas y marcaba las fronteras entre ellos y la sociedad nacional en general. A los compañeros gunas había que “dar sin calcular” (*binsa ukke*) o pensando sólo en Dios (*dios binsae*), sin esperar nada a cambio. Por encima de todo, la generosidad era importante en lo referente a la comida y la bebida: nuestros amigos más tradicionalistas insistían en que los restaurantes urbanos, en que vendían comida por dinero, representaban el peor aspecto del mundo moderno.

Palabras clave: regalos, intercambios, hospitalidad, cultura, pueblo guna.

Exchange, hospitality and generosity in Guna society

Summary

When my wife June and I lived in a Guna village in 1970, 1971, and 1975, it seemed to us that our new friends might well have read Mauss’s essay. According to them, giving gifts was of vital importance in their lives: it united the Gunas and marked the boundaries between them and the national society at large. To the guna companions one had to “give without calculating” (*binsa ukke*) or thinking only of God (*dio binsae*), without expecting anything in return. Above all, generosity was important when it came to food and drink: our more traditionalist friends insisted that urban restaurants, which sold food for money, represented the worst aspect of the modern world.

Keywords: gifts, exchanges, hospitality, culture, Guna people.

Introducción

En 1923, Marcel Mauss (1872-1950), el sociólogo francés más importante de su época escribió un largo artículo, “Essai sur le don”, en el que propuso la importancia de hacer regalos en las sociedades preindustriales. En ausencia de la moderna economía monetaria, escribió Mauss, la entrega de regalos canaliza la asignación de bienes y servicios, al tiempo que crea una red de vínculos sociales entre quienes los dan y quienes los reciben.

La palabra “regalo”, según Mauss, era engañosa, porque implicaba algo ofrecido totalmente por libre voluntad del donante, sin pensar en una contrapartida. Esos intercambios, insistió, se rigen en realidad por poderosas normas y expectativas sociales: la obligación de dar, la obligación de recibir y la obligación de corresponder (1966:10-11). Además de bienes materiales, la gente intercambia “mujeres, niños, posesiones, amuletos, tierra, trabajo, servicios, cargos religiosos, rango... todo son cosas que hay que dar y devolver” (1966:11-12). Mauss exageró su argumento, ya que las reglas a menudo dejan margen para el cálculo y la iniciativa, y los que hacen regalos a menudo insisten (de verdad o no) en que no esperan nada a cambio. No obstante, su ensayo reajustó radicalmente el estudio del intercambio no mercantil.

Mauss prestó especial atención a dos casos que desde entonces se han hecho famosos en la antropología. Uno es el sistema de intercambio de las islas Trobriand de Melanesia, descrito por Bronislaw Malinowski (1922), en particular el llamado Kula Ring, en el que se intercambian adornos de varias clases a grandes distancias a través del océano. La otra es una forma hipercompetitiva de intercambio a menudo denominada “Potlatch”, característica de los primeros pueblos de la costa noroccidental del Pacífico. Mauss calificó el potlatch, de forma un tanto injusta, como “el hijo monstruo del sistema de regalos” (1966:41).

Desde entonces, han aparecido nuevos estudios sobre el potlatch y el intercambio trobriandés,¹ junto con numerosos trabajos sobre el intercambio en otras partes de Melanesia.² El intercambio de regalos, de hecho, ha persistido como una preocupación perenne en la antropología francesa, británica y norteamericana.³ Entre otros muchos trabajos, han aparecido extensos estudios sobre la entrega de regalos en la Francia del siglo XVI (Zemon Davis 2000), en las aldeas chinas contemporáneas (Yunxiang Yan 1996), en el Japón moderno (Rupp 2003) y, quizá el más famoso, en los sistemas de matrimonio prescriptivo y preferencial, a través de los cuales, según Claude Lévi-Strauss (1949, 1969), “La relación de reciprocidad que es la base del matrimonio no se establece entre hombres y mujeres, sino entre hombres por medio de mujeres, que no son más que la ocasión de esta relación”.

Los regalos no han desaparecido en absoluto de la sociedad contemporánea, como puede comprobar cualquiera que se pare en una esquina de Panamá el Día de la Madre. Los sistemas políticos modernos, en particular, funcionan a base de intercambios de favores inmateriales (por no hablar de los regalos de dinero y bienes que llamamos corrupción). En una obra titulada “How Washington Really Works” (1966), Charles Peters demostró la importancia de dar y recibir favores: entre periodistas y fuentes, entre grupos de presión y legisladores, entre burócratas y legisladores, y entre muchos otros. Los favores concedidos gratuitamente pueden no ser devueltos durante años: un funcionario de una agencia reguladora, tras su jubilación, puede acabar mucho tiempo después en la industria que solía supervisar.

Los regalos y los gunas

Cuando mi esposa June y yo vivimos en una aldea guna en 1970, 1971 y 1975, nos pareció que nuestros nuevos amigos bien podrían haber leído el ensayo de Mauss. Según ellos, hacer regalos era de vital importancia en sus vidas: unía a los gunas y marcaba las fronteras entre ellos y la sociedad nacional en general. A los compañeros gunas había que “dar sin calcular” (*binsa ukke*) o pensando sólo en Dios (*dios binsae*), sin esperar nada a cambio. Por encima de todo, la generosidad era importante en lo referente a la comida y la bebida: nuestros amigos más tradicionalistas insistían en que los restaurantes urbanos, en que vendían comida por dinero, representaban el peor aspecto del mundo moderno.

Hay que señalar que los gunas participaban activamente en la economía monetaria. Producían millones de cocos al año para el mercado internacional, y su comercio con foráneos se remontaba a varios siglos atrás. Compraban alimentos y otros suministros, tanto a los barcos mercantes colombianos como a las pequeñas tiendas que había en cada isla. Muchos hombres se marchaban durante un año o más para trabajar como emigrantes en Panamá, Colón y Changuinola, y algunos incluso trabajaban a cambio de una paga en los campos de otros. A pesar de todo, la entrega de regalos era tan importante como decían nuestros amigos, y las comunidades gunas se esforzaban, con cierto éxito, por mantener separados el intercambio tradicional y la economía monetaria.

Mucho ha cambiado en el medio siglo transcurrido desde que vivimos por primera vez en Gunayala. La economía monetaria ha crecido, incluso en la compraventa de alimentos. Muchos hombres gunas trabajan en restaurantes urbanos. Y los propios gunas critican su propia generosidad debilitada. Así pues, en este artículo, aunque utilizo el tiempo presente, me refiero a la vida guna de tal como June y yo la vivimos hace cincuenta años.

Regalos de comida

Los hogares de las aldeas suelen enviar alimentos a familiares y vecinos, como fruta de temporada, bebidas tradicionales, guineo, caza, arroz cocido y, sobre todo, pescado. Cuando un pescador vuelve a casa con su pesca, se la pasa a su mujer y a sus compañeras de casa. Ellas guardan lo suficiente para sus propias necesidades y, si sobra, lo envían a parientes y vecinos de otros lugares de la aldea. Las mujeres son las únicas que deciden a quién favorecer con estos regalos, y los hombres no deben interferir, aunque hayan pescado o cosechado las cosas traídas. Tras regresar de un viaje de pesca o del trabajo en su finca, un hombre puede visitar la casa de sus padres esa misma tarde, sólo para ver allí alimentos que él mismo había pescado o cosechado. El siguiente pasaje procede de un consejo que se suele ofrecer a las parejas recién casadas. Un *saila* o jefe de aldea amonesta al joven marido:

Alguna vez puede que recojas algunas cosas, plátanos maduros quizá, o puede que consigas caña de azúcar... los productos del bosque son nuestros. Llevamos esas cosas a la casa, y ya no son nuestras: pertenecen a nuestras esposas. Tú se las das a tu mujer. Tu mujer es libre de hacer lo que quiera con ellos. Si quiere dárselos a sus primos, se los dará a sus primos. Si su hermana mayor tiene hijos, ella misma se los dará a sus hijos. No pidas que te devuelvan las cosas. Así se dice. Piénselo bien.

Estos intercambios, además de preservar los lazos sociales entre las familias, aprovechan al máximo el pescado fresco, que sin refrigeración se estropea rápidamente. A veces, el pescado se conserva ahumándolo sobre el fuego, pero por lo demás, en términos estrictamente materiales, tiene sentido regalar el excedente, a la espera de recibir regalos a cambio más adelante.

Para documentar el flujo de pescado, hice que un joven llamado Federico⁴ Federico era uno de los dos hombres que se habían mudado a esa casa al casarse con las hijas de Samuel, el cabeza de familia. Federico era uno de los dos hombres que se habían mudado a ese hogar al casarse con las hijas de Samuel, el cabeza de familia.

Durante el mes en cuestión, este hogar envió una remesa de pescado a los padres de Federico y cuatro remesas a los padres del otro yerno. No menos de ocho envíos fueron para el hijo de Samuel, que se había casado en otra casa. En cuanto a los regalos recibidos, una hermana de Samuel en otra casa les llevó pescado una vez, y otra pariente femenina tres veces. Así pues, Samuel y Federico recibieron pescado cuatro veces y lo enviaron catorce, un desequilibrio que sin duda se habría compensado a largo plazo.

También registré las donaciones de alimentos recibidas en junio de 1975 por mi mujer y por mí y por la familia a la que estábamos afiliados, durante unos días en los que estuvimos un poco escasos de comida mientras el cabeza de familia y principal proveedor estaba fuera. Durante este tiempo, su esposa, la jefa del hogar, recibió guineo crudo y arroz cocido de sus parientes en un hogar donde había vivido anteriormente.

También recibió chicha de maíz de su hermano y su esposa (en otro hogar), y otra persona le envió otra bebida tradicional. Su nuera, que también era una vecina cercana y la amiga gona más íntima de June, envió arroz cocido y pescado; también nos invitó a June y a mí a comer a su casa tres veces. June también fue enviada a casa de otra vecina que tenía un árbol del pan en su patio: cuando se lo pidió, la vecina derribó de buena gana unos cuantos frutos del pan para June. Otros vecinos y familiares, por último, ofrecieron repetidamente mangos y piñas.

Generosidad en los campos

La generosidad se extiende incluso a los cultivos alimentarios que aún están en el suelo o en el árbol.⁵ El terreno en tierra firme a pocos kilómetros de cada aldea isleña es un complejo mosaico de pequeñas fincas. Muchos agricultores activos poseen una docena o más de parcelas dispersas por el paisaje, dedicadas a cocos, plátanos y bananas, yuca y otros tubérculos, y a maíz o árboles frutales. Un agricultor puede visitar sus fincas más cercanas cada pocos días, pero a otras sólo las ve a intervalos más amplios; mientras tanto, otros hombres pasan y atraviesan sus tierras de camino a sus propias fincas, a menudo numerosas veces al día.

El acceso a los cultivos de otros hombres se rige por una serie de normas y entendimientos (Howe & Sherzer 1975), que se gradúan en términos de severidad, desde artículos que uno puede coger libremente (por ejemplo, mangos y mamey en temporada), pasando por otros por los que hay que preguntar primero, hasta llegar a otros que casi nunca se dan. El maíz y el arroz, muy utilizados y plantados en cantidades limitadas, rara vez están disponibles, salvo para los hombres invitados a

participar en las labores de recolección. Los cocos, el principal cultivo comercial, sólo se dan de padres a hijos, mientras que el guineo y los plátanos, alimentos básicos de la dieta guna, no pueden cogerse sin permiso previo, pero ese permiso se concede fácilmente: el donante animará a menudo al receptor a ir a cosechar el guineo por su cuenta.

Existen normas especiales para algunos cultivos: las mazorcas de maíz dañadas por animales depredadores (*ob socho*) se pueden recoger, al igual que los plátanos maduros (que pronto se pudrirán), y los hombres suelen regalar a otras semillas de maíz para plantar al año siguiente. En tierra firme se puede coger una sola piña para refrescarse, pero sólo para consumirla allí mismo. Los parientes cercanos pueden llevarse algunas cosechas y decírselo después al propietario. Y así sucesivamente. En algunos casos, a un hombre necesitado incluso se le presta una parcela de tierra durante uno o dos años para que plante alimentos para su familia.

Hospitalidad y banquetes

Las reglas de la generosidad se aplican con especial fuerza a la hospitalidad, a ofrecer comida cocinada y especialmente bebida a personas de otros hogares. Cuando alguien aparece en la puerta de la casa o en la cocina de una mujer, ésta debe preguntar inmediatamente: “¿Quieres beber?”. (*¿Be gobo?*) y llevarle una taza o calabaza de café, cacao, chicha de maíz o bebida de plátano. Cuando mi mujer y yo visitamos el pueblo de Mammitupu, donde esperaba trabajar, en un solo día nos ofrecieron bebidas más de treinta veces. Esta hospitalidad puede incluir incluso comida cocinada, y algunos hombres acuden regularmente a las casas de amigos y parientes por la tarde con la esperanza de que les den de comer.

En ocasiones especiales o en honor de un pariente, las familias gunas ofrecen comida cocinada a una escala mucho mayor. Durante los primeros días de nuestra estancia en la isla de Niadubbu, murió un destacado “curandero” (*inaduled*). Los familiares sirvieron bebidas al público en el exterior mientras las mujeres lloraban dentro por el moribundo. Tras la muerte del curandero, se servía arroz y judías al público en los bancos de las calles del pueblo, y durante el día las mujeres cocinaban una comida en el cementerio de tierra firme, en la que participaba June.

Se planeó un festín más grande, con carne de varios cerdos, para algún tiempo después. En otras ocasiones, menos tristes, se servían bebidas cocinadas con avena, a menudo acompañadas de galletas saladas o pequeñas hogazas de pan, en la calle o durante las reuniones en el salón de actos del pueblo.

Algunas de estas formas de hospitalidad colectiva son ofrecidas libremente por las familias por iniciativa propia, como en el caso de los actos en honor del curandero.⁶ Otras, en cambio, son organizadas por la aldea en su conjunto, con la participación obligatoria de cada familia inscrita en listas. Por ejemplo, durante las ceremonias que marcan la primera menstruación de una joven, los hombres de la aldea se reúnen para construirle un recinto ritual (*surba emagge*) y consumir pan y bebidas proporcionados por la familia de la chica. Unos días más tarde, las mujeres preparan una comida comunal llamada *dii masi*: una sopa cocinada con pescado y plátanos recogidos en cada hogar: cuando está lista, los hombres se reúnen de nuevo, cada uno con su cuchara, para consumir su parte allí mismo, mientras que las mujeres suelen llevarse la suya a casa para alimentar a sus familias (véase Howe 2016:21-29).

Quizás los eventos más grandes y elaborados de la vida del pueblo son las ceremonias de chicha (*inna*) que se dan en honor de una niña púber, que pueden durar desde veinticuatro horas hasta tres o cuatro días (Prestán Simon 1975; Howe 2016). Estas celebraciones incluyen banquetes comunales organizadas por el pueblo en su conjunto, con donaciones obligatorias de pescado y plátanos, también contribuciones de caña de azúcar y leña para cocinar chicha fuerte. El padre de la niña, por su parte, recoge cientos o miles de pescados ahumados. También se espera de él que cace o compre pequeñas cantidades de carne de varias especies de animales del bosque, para servirla ritualmente a los especialistas que presiden.

También es responsable en gran medida de la comida y la bebida que se ofrece en otras ocasiones, que cocinan y sirven las mujeres mayores de la aldea. En una celebración de tres días que tuvo lugar en 1970, al banquete del primer día le siguieron dos raciones de arroz y carne, una ración de bebida de avena y galletas, y numerosas raciones de chicha dulce sin fermentar (*inna ossi*) y una bebida dulce de maíz y arroz (*ochi oliggwa*); todo ello terminó el último día con un segundo banquete.

Intercambios entre pueblos

Las reglas de la hospitalidad y la generosidad se aplican con toda su fuerza a las relaciones entre las cincuenta y tantas aldeas de Gunayala. A los gunas les encanta viajar y visitar otras comunidades. En cada aldea a la que llega un individuo de visita, encuentra un padrino o cuidador (*aggwed*), que a partir de entonces le proporcionará comida y una hamaca cada vez que se presente, aunque llegue sin previo aviso. Un invitado considerado, si se queda varias noches, comprará pan o plátanos para sus anfitriones.

Entre los viajeros e invitados frecuentes figuran los jefes de aldea (*saila*), que visitan de vez en cuando otras islas para cantar en su casa de congreso (*onmaggednega*). Los jefes visitantes suelen pasar la mañana y la tarde cantando a sus anfitriones, después duermen y se bañan en la casa de uno de los jefes locales; durante el resto del día, los líderes de la comunidad les hacen compañía en la casa de congreso, mientras que de vez en cuando les acompañan a comer, teniendo cuidado de no comer demasiado de una sentada por miedo a reventar.

Algunos de estos jefes llegan con pedidos para sus anfitriones, la mayoría de las veces rollos de *sargi* para el amarre de las casas, algunos miles de hojas de paja o un número similar de pescado ahumado para una ceremonia de chicha. En una ocasión, un destacado maestro de la tradición caciquil solicitó y recibió contribuciones de cocos germinados de todas las casas de Niadubbu.⁷ Cada hogar contribuirá con su parte del artículo solicitado, y mientras los policías de la aldea organizan la recogida, el visitante será agasajado en la casa del congreso.

En una de las formas más llamativas de hacer regalos, los pueblos isleños y costeros organizan de vez en cuando donaciones masivas para los gunas menos pudientes del Bayano. En un ejemplo de enero de 1971, cuando un jefe y un policía de un pueblo del Bayano visitaron Niadubbu, sus anfitriones organizaron una colecta puerta por puerta. Los dos hombres fueron enviados a casa tambaleándose por el sendero de las montañas cargados con 31 molas; 30 faldas (*saburette*), 30 tocados (*musue*); 36 pares de pantalones de hombre, 80 camisas de hombre y 24 platos de comida, además de muchos metros de tela.⁸

En este caso y en otros, los donantes insistieron en que no esperaban nada a cambio, lo que era totalmente cierto en lo que respecta a las donaciones individuales. Lo que no decían era que los receptores devolvían el favor concediendo permiso a los hombres de la costa para subir a cazar la caza más abundante en el Bayano.⁹

Los esfuerzos necesarios para atender a uno o dos visitantes a la vez palidecen en comparación con las necesidades de las reuniones interinsulares, en las que varias docenas o varios cientos de hombres se reúnen en un pueblo durante tres o más días. En las reuniones del *Congreso General* laico, que se celebran al menos dos veces al año, los delegados debaten y votan sobre los temas del día, mientras que, en los *congresos tradicionales* religiosos, que son más frecuentes, los jefes y otros líderes cantan y oran varias veces al día.

Durante las reuniones de cantos sagrados, los policías o alguaciles del pueblo (*suaribgana*) organizan la comida y la bebida para los delegados. Cuando se sirven bebidas y, con menos frecuencia, arroz en la casa de congreso, los policías dirigen a las mujeres que, en realidad, pasan la comida y la bebida a todos por turno. Durante el día, los policías llaman periódicamente los nombres de cinco o seis delegados a la vez, ordenándoles en voz alta que “¡se levanten!” (*jgwisgwe!*).

A continuación, cada grupo sale en fila en orden inverso a la antigüedad: primero los jóvenes y después los mayores. En la casa donde van a comer, suelen sentarse alrededor de una pequeña mesa comunal con un único cuenco grande de caldo y guineo, acompañado de varios platos de pescado. Se pasan un cuenco o un cubo de agua para lavarse las manos y el policía encargado, que se encuentra cerca, exprime el zumo de una lima sobre la comida. El miembro más joven del grupo coge varios dedos llenos de sal y los echa ceremoniosamente sobre la comida. Los seis hombres comen del cuenco común, a menudo compartiendo un pequeño número de cucharas. Después, se vuelven a pasar el cuenco o el cubo de agua para lavarse las manos y enjuagarse la boca. Vuelven a marchar en fila hacia la casa del congreso.

Durante los congresos generales laicos, en la casa del congreso se sirven bebidas y pan y, a veces, comidas de arroz de forma muy parecida. En un Congreso General celebrado en Digir (Río Tigre) en junio de 1970, durante una larguísima velada de debate, las mujeres del pueblo sirvieron refrescos cuatro veces: arroz con café dos veces; bebida de avena con galletas saladas; y tazas de cacao. Las comunidades que acogen este tipo de eventos deben empezar a prepararlos con varios meses de antelación, siempre conscientes de que cualquier defecto de hospitalidad por su parte será notado por sus invitados.

Este tipo de expectativas subyace en los intercambios a todos los niveles. La gente insiste, honestamente, en que no espera nada a cambio de ningún acto de generosidad, ya sea una donación de pescado fresco o un trago de chicha. A la larga, sin embargo, todos esperan que las cosas se equilibren, y si sienten que un pariente o vecino se está conteniendo, pueden murmurar, sotto voce, que son “egoístas, poco generosos” (*nalle*).

Intercambio implícito

Hasta ahora no se han mencionado las relaciones dentro de los hogares, que podrían parecer ajenas al intercambio de regalos. Al fin y al cabo, los miembros del hogar trabajan juntos y ponen en común sus recursos, en lugar de participar en intercambios manifiestos. Sin embargo, bajo la superficie de las relaciones familiares subyacen implícitamente nociones de intercambio, regidas por una norma de residencia postmarital que obliga a un joven a unirse al hogar de su esposa y a trabajar para los padres de ésta. En el sentido más global, se considera que los padres regalan hijos y reciben yernos.

Más concretamente, con cada yerno, los suegros otorgan no sólo una hija, sino también derechos vitalicios para gestionar y explotar la tierra que ella hereda. Reforzando el intercambio, los suegros suelen seguir cubriendo durante algunos años las necesidades y gastos de sus hijas y nietos. Con el tiempo, se espera que el suegro descanse más, mientras que sus yernos asumen la carga y, finalmente, uno de ellos se convertirá en cabeza de familia y los demás podrán marcharse.

A principios del siglo XX, este intercambio se vio reforzado por diversas restricciones. Las jóvenes que se acercaban a la edad de contraer matrimonio eran cuidadosamente vigiladas, sólo salían en público con un acompañante y con el rostro cubierto por un pañuelo. Los hombres jóvenes no eran bienvenidos en casa de las doncellas del pueblo, ni siquiera en su propio hogar durante el día. Se esperaba de ellos que pasaran muchas horas trabajando en tierra firme, cortando sus propios campos y atendiendo las fincas de sus padres, y a última hora de la tarde se les instaba a congregarse junto a las canoas varadas, pasando el tiempo conversando y tocando la zampona. Los jóvenes, sometidos a un minucioso escrutinio de sus cualidades como trabajadores, eran elegidos por sus futuros suegros, sin que ellos mismos tuvieran casi nada que decir al respecto.

Las relaciones de intercambio doméstico surgen claramente cuando el novio es de otro pueblo y desea llevarse a su mujer a casa, como ocurrió ocasionalmente en la década de 1970¹⁰. Después de resistirse, a veces el suegro puede conceder el permiso a regañadientes, pero sólo si el yerno le reembolsa el coste de las joyas de oro de su hija y los considerables gastos de la ceremonia de la chicha.

El pueblo, por su parte, puede exigir el reembolso de sus contribuciones a la chicha. Así pues, mudarse puede salir caro. Un amigo guna que cambió de pueblo debía 100 dólares, sólo la mitad de lo que había pagado hasta entonces.¹¹

Palabras finales

Hoy, bien entrado el siglo XXI, todo ha cambiado: los jóvenes se ven en la escuela y eligen a sus cónyuges, y los que se van a la escuela o a la universidad o viven en la ciudad (como ahora la mitad de los gunas) conocen a muchos otros de diferentes comunidades. La pesca ha cambiado por el buceo: los jóvenes buceadores suelen vender sus capturas en lugar de regalarlas.

Las transacciones en efectivo se han multiplicado en todos los ámbitos. Pero aún no se ha examinado a fondo el alcance y la naturaleza de este cambio. Un estudio definitivo, ya sea del matrimonio y la residencia contemporáneos, o de la entrega de regalos en general, tal y como es hoy, requiere la atención de algún joven etnógrafo, preferiblemente un guna nativo.